

Tomás Morales S.J.

HORA DE LOS LAICOS

Segunda edición



TOMÁS MORALES S.J.
Hora de los laicos

2ª edición

Encuentro
Eediciones E

© 2003
Cruzada de Santa María
y
Ediciones Encuentro, S.A.

Edición preparada por B. Gazapo

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:
Redacción de Ediciones Encuentro
Cedaceros, 3-2º - 28014 Madrid - Tel. 91 532 26 07
www.ediciones-encuentro.es

INDICE

NOTA INTRODUCTORIA	15
PRIMERA PARTE: UN POTENCIAL INEXPLORADO ...	17
¿Descubrimiento actual?	18
Fidelidad y valentía	19
Desconcertante y trágico	21
Urgencia inaplazable	23
Potencial inexplorado	23
Doble enemigo	26
Nube de confusiones	26
Realidad lamentable	28
Error difundido	29
Niebla en la cumbre	31
Bautizados parásitos	33
Lamentables consecuencias	35
Bandera siempre desplegada	36
Atonía en la voluntad	37
Rapto inconsciente	39
Atrofia y esclerosis	40

Pecado de omisión	41
Contraste aleccionador	42
Disco rojo al desaliento	44
Consecuencia pastoral	47
Difusión espectacular	49
Clave de un prodigio	50
Nueva civilización	52
Es posible	53
Al ostracismo	55
Eclipse en la fe	57
Vitamina contra el miedo	58
Fe intrépida	59
Fuerza del Evangelio	62
Binomio decisivo	64
Obediencia	64
Tacto	66
Paciencia	68
Equilibrio comprometido	69
Saber ocultarse	71
Hacer-hacer	73
Unificando fuerzas	75
Sacerdotes	76
Religiosos	77
Ruta luminosa	78
Glaciares ocultos	80
Porvenir esperanzador	82
 SEGUNDA PARTE: TESORO ESCONDIDO	 85
 Nuevo nacimiento	 85
Sepultados y empapados	86
Simbolismo expresivo	88

Índice

Regalo insospechado	89
Sacerdotes, profetas, reyes	90
Realidad misteriosa	92
Distinguir sin separar	94
Diferenciar para unir	95
¿Cómo actuar?	96
Energía prodigiosa	98
Apóstol = mensajero	100
Hermano universal	101
Armadura cristiana	103
Soldado de Cristo	105
Familia de la Trinidad	109
Hijos del Padre	110
Hermanos de Jesucristo	110
Templos del Espíritu Santo	111
Dinamismo fabuloso	112
Nuevo Pentecostés	113
Vivir el Bautismo	114
Apostasía o martirio	115
TERCERA PARTE: VIDA BAUTISMAL EN EL MUNDO	117
A) PANORÁMICA DE CONJUNTO	117
Dimensión espiritual	119
Pirámide misteriosa	119
Diversidad de funciones	121
Recíproca necesidad	123
Médula de la vida cristiana	124
Belleza seductora	126
Belleza oculta	127
Doble renuncia	128

Oscuridad luminosa	129
Prodigiosa aventura	130
Esperanza de la Iglesia	131
Actualidad de la consagración bautismal	133
Multitudes a la espera	135
Aurora que nace	137
En el corazón del mundo	138
Humilde gratitud	139
Misericordia espiritual	140
B) PERSPECTIVA EVANGÉLICA	142
Evangelio enriquecido	142
Sencillez y profundidad	143
Doble objetivo	145
Sal de la tierra	145
Luz del mundo	147
Fermento oculto	151
Grano de mostaza	151
Levadura en la masa	153
Similitud y discrepancia	154
Bella lección	156
Misionera del amor	157
En la aurora del cristianismo	159
Luminarias en la noche	161
Vida oculta	162
Dinamismo divino	165
Mezclarse, pero sin confundirse	166
Falsa premisa	167
Ni de espaldas ni de rodillas	170
Levadura en evolución	171
Fermento que interpela y arrastra	172

Índice

C) A LA LUZ DEL MAGISTERIO	174
<i>a) Vocación de Dios</i>	176
Salto gigante	177
Revalorización indispensable	177
Llamada a la santidad	180
Vocación al apostolado	181
Objetivo ilusionante	182
<i>b) Fisonomía peculiar</i>	183
Horizonte dilatado	184
Coincidencia providencial	185
Navegando entre dos escollos	186
Signo y puente	188
<i>c) Necesidad para la Iglesia y el mundo</i>	189
Instrumentos providenciales	191
Misioneros de la certeza	192
Fuera miedo	194
Confianza de la Iglesia	195
<i>d) Primacía de la vida interior</i>	197
Nazaret	199
Prodigiosa fecundidad	201
Mirando a Cristo Rey	203
<i>e) Triunfo del Espíritu</i>	204
Glorificador de Cristo	205
Pentecostés prolongado	206
Partícipe en Cristo	206
Victoria en la lucha	207

CUARTA PARTE: ENTRE LOS HOMBRES	209
A) PROLONGANDO LA ENCARNACIÓN	211
La Encarnación, pista de despegue	211
Mysterium absconditum	212
Novedad inaudita	213
Encarnación hoy	215
El laico perpetúa la Encarnación	216
Bancarrotas de la secularización	217
Triple convicción	218
Tres ejes esenciales	219
Pioneros de un mundo nuevo	220
B) CRISTIANANDO LAS REALIDADES TEMPORALES	221
<i>a) Familia</i>	221
Clave de bóveda	222
Educativa en la fe	224
Vivero de hombres	226
Descifrar un antagonismo	227
Misión universal	228
Testigos del amor de Dios	231
<i>b) Amistad</i>	233
Amistad-vehículo	234
Potencial apostólico	235
Saber escuchar	237
Lento despertar	238
Aceptando un reto	239
Amistad sin recortes	241

Índice

Caridad en la verdad	243
Amistad personal	244
Doble escollo	245
El bautizado, portador de paz	248
Firmeza y suavidad	249
Iglesia crucificada	249
Alternativa superada	250
Espejo de humanismo	251
Como el agua	253
Florilegio de la amistad	255
Un ejemplo viejo	259
Triple amistad hace un santo	262
Dos ejemplos actuales	264
Cultivador de la amistad	264
<i>c) Enseñanza</i>	<i>267</i>
Trascendencia	267
Error reiterado	269
Profesión sublime	271
Educación integral	272
Actualidad relevante	273
Enseñar a pensar	275
Serenidad	276
Humanismo	277
Filosofía	279
Enseñar a querer	280
Un ideal	281
Círculo vicioso	283
Enseñar a amar	285
Educar la libertad	286
Educación física	287
Educar amando	289

Amar exigiendo	291
Educador modelo	292
Educar entusiasmando	293
Mujer y hombre	295
Calma	296
Fidelidad	297
Educación realista	298
Invitación pontificia	301
Palestra del Espíritu	303
Pedagogía perenne	304
<i>d) Cultura</i>	<i>306</i>
Ciencia y sabiduría	307
Homo faber-homo sapiens	309
Enraizada en el pasado y abierta al futuro	310
Síntesis cultura-fe	313
Recíproca exigencia	318
Cultura y catolicismo	321
Universidad-crisol	323
Lanzamiento pontificio	326
Actualidad	327
<i>e) Trabajo</i>	<i>329</i>
Bautismo de amor	329
Concordia, no lucha	330
Amplitud sin reductivismo	331
Familia y trabajo	332
Grandeza sublime	333
Principio y consecuencia	335
Alternativa	336
Universalismo sin fronteras	337
Transformación social	338

Índice

Eficacia santificadora	339
Avance gigantesco	340
Trabajar bien, trabajar con alegría	341
Amor	343
Evangelio del trabajo	344
Fragua de apóstoles	347
Espaldarazo del Magisterio	348
Mística laboral	350
QUINTA PARTE: UN GOZO Y UNA MADRE	352
A) EL GOZO DE UNA RESPONSABILIDAD	354
Urgencia acuciante	355
Dinamismo avasallador	355
Responsabilidad delicada	358
Confianza inquebrantable	360
Laico, «ministro de Cristo»	361
Enquistados en el mundo	364
Urgencia	365
Responsabilidad triunfante	367
Suscitando interrogantes	368
Un temor y una esperanza	370
Respuesta cristiana	372
B) EN EL CORAZÓN DE UNA MADRE	374
Jeroglífico indescifable	376
Corazón virginal	377
Corazón santo e inmaculado	378
Rosa entre espinas	379
Jesús y la Virgen	380

Confianza	383
Serenidad	386
Como niños	387
Almas pequeñas	387
Historia de santidad	389
Clave de perseverancia	391
Doble atajo	392
Unidad, sí; gregarismo, no	393
Diálogo acogedor	395
Humildad triunfante	396
Fermentos y pilares	397
Una vida nueva	400
Cenáculo permanente	402
Cápsula de astronauta	403
Relicario de amor	404
Hornear al fuego del amor	405
Fidelidad coherente y constante	406
Tentación del cambio	408

NOTA INTRODUCTORIA

Se ofrece al lector la segunda edición de *Hora de los laicos*, redactada por el P. Tomás Morales en el año 1984.

Esta obra constituye una vigorosa reflexión de carácter teórico-práctico sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia. La escribió el P. Tomás Morales en la plenitud de su vida (tenía 75 años), contando con una dilatada experiencia. Sabía de lo que hablaba.

Dividió su obra en cinco partes: La primera la tituló «Un potencial inexplorado». Constituye una vibrante reflexión introductoria, redactada desde la realidad sociológico-ecclesial de los años ochenta. Conserva hoy la misma actualidad —si no mayor— que cuando fue escrita.

Las partes segunda y tercera forman un todo de carácter doctrinal. Están dedicadas a fundamentar teológicamente la vocación del bautizado en la Iglesia, reivindicando su puesto de responsabilidad en la misma. Afirmado en la Sagrada Escritura y en el magisterio de la Iglesia, el autor nos propone en la segunda parte, que titula «Tesoro escondido», la grandeza de la consagración bautismal. En la tercera —«Vida bautismal

en el mundo»— establece un dibujo ilusionante de los horizontes evangelizadores que se abren a los bautizados que permanecen fieles a su vocación.

La parte cuarta, titulada «Entre los hombres» adquiere un eminente carácter práctico. En ella el autor ofrece desde su vocación de evangelizador, pistas y tareas concretas de cristianización del mundo (familia, amistad, cultura, trabajo, etc.) avallando su narración con anécdotas y vivencias que demuestran que es posible «cristianar» realidades temporales. Brilla en esas páginas su experiencia.

La parte quinta, titulada «Un gozo y una Madre», es la más entrañable. El autor retoma en ella las reflexiones que hizo al principio de su obra para lanzar al lector una exigente llamada a la responsabilidad apostólica, pero desde el amor a la Virgen.

La presente edición no ha perdido nada esencial de su contenido primigenio ni en el fondo ni en la forma. Tan sólo se han actualizado algunos datos numéricos, se han omitido algunas referencias a acontecimientos que han perdido actualidad, y se la ha liberado de un gran número de notas que consideramos podrían distraer al lector del núcleo esencial del contenido del libro.

Primera parte

UN POTENCIAL INEXPLORADO

Más de 1.000 millones de católicos pueblan el mundo¹. Injertados en Cristo por el Bautismo, se desentiende la inmensa mayoría de su obra salvadora. Él viene al mundo para que tengan Vida y la tengan más abundante (Jn 10,10), y cientos de miles de hombres y mujeres, elegidos por Dios para ser luz del mundo (Mt 5,14) y colaboradores en la transmisión de esa Vida, desertan de su papel insustituible. Se dejan esclavizar por el materialismo teórico-práctico que nos envuelve, claudican ante el espejismo engañoso del humanismo ateo. Encastillados en su egoísmo, olvidan las palabras de Pío XII: «El cristiano, si es consecuente con el nombre que lleva, si hace honor a su condición, es *siempre apóstol*. Desdice de ser soldado de Cristo al alejarse de la batalla»².

La raíz más profunda de la crisis que atraviesa el mundo, de la inseguridad que nos amenaza en todo momento y nos

¹ 1.005.254.000, a finales de 1997 (*Anuario Pontificio*, 1999).

² *Carta Encíclica a los EE.UU.* con motivo del Centenario del establecimiento de la Jerarquía (1-11-1939).

asedia por todas partes, hay que buscarla en esta deserción de los bautizados que, en medio del mundo, dejan de ser fermento para convertirse en masa amorfa (Mt 13,33).

En la catedral compostelana resonó vibrante la palabra de Juan Pablo II el último día de su estancia en España. Miraba a Europa, al mundo entero, y ponía el dedo en la llaga. La crisis espiritual del mundo procede de la «defección de los bautizados y creyentes de las razones profundas de su fe, y del vigor doctrinal y moral de esa visión cristiana de la vida»³.

¿Descubrimiento actual?

La puesta en marcha del laicado, la obligación de hacer apostolado, ¿es un descubrimiento de hoy? Sí, y no. *No*, porque la vocación al apostolado brota de la pila bautismal como el agua de la fuente.

Sí, porque Cristo-Iglesia pretende hoy la movilización total de los seglares para que el Reino de Dios se extienda por todo el mundo. Quiere realizar un inmenso esfuerzo para despertar y aunar fuerzas aún latentes, para explotar un manantial de energía en gran parte baldío. En cada cristiano hay una potencia «cristífica» durmiente. Hay que despertarla, dilatarla, brindarle una oportunidad.

Los papas del siglo XX y el Vaticano II no han cargado, pues, en las espaldas del laico un nuevo fardo. No han inventado una tarea distinta de la que incumbe a cualquier bautizado. Se han limitado a recordar y urgir la enseñanza de los santos y doctores a lo largo de milenios.

³ (9-11-1982) 3.

San Juan Crisóstomo, por ejemplo, «el apóstol de los seglares»⁴, invitaba ya a los cristianos de a pie «a la santa ofensiva». Paladín de la fe, ardiendo en amor a Cristo y a los hombres, afirma sin vacilar que «Dios quiere que *todo* cristiano sea doctor, fermento, luz, sal de la tierra, y así como estas cosas no reportan utilidad para sí mismas, sino para los demás, así se nos exige trabajar no sólo en provecho propio, sino también en provecho de los demás»⁵.

Fidelidad y valentía

Fidelidad al Evangelio, vivido sin recortes y con valentía para llevarlo a los demás. Estas dos palabras podrían resumir quizá las enseñanzas que van jalonando el pontificado de Juan Pablo II. Es un mensaje coherente con sus antecesores, pues es un mismo Cristo quien habla por sus vicarios. Es la misma fidelidad y valentía que muchos obispos de los primeros siglos cristianos inculcaban a los bautizados.

San Juan Crisóstomo se muestra tajante: «Es más fácil al sol no alumbrar o no dar calor, que al cristiano el dejar de ser antorcha... La antorcha del cristiano no puede quedar escondida. Una lámpara ardiente no puede ocultarse bajo el celemín»⁶. Precediendo con el ejemplo, les exhorta a la audacia: «Arrojémonos a los peligros por amor a nuestros hermanos... Mira que eres discípulo de Cristo, que dio su vida por sus hermanos. Eres seguidor de san Pablo, que, desbordando de celo, quiere sufrir mil tormentos por amor a sus enemigos»⁷.

⁴ M. VILLER, *La spiritualité des premiers siècles chrétiens*, Bloud & Gay, París 1929, p. 181.

⁵ PG 54, 292.

⁶ *Ib.*, 60, 163-64.

⁷ *Ib.*, 60, 306.

El santo tuvo que sufrirlos en sus once años de diácono y sacerdote en Antioquía, y en sus seis de episcopado como Patriarca de Constantinopla, y más aún en el doble destierro al Asia Menor decretado por la emperatriz Eudoxia. Con su ejemplo y su elocuencia —boca de oro es su nombre— conquistaba muchedumbres, pero su fidelidad al Evangelio, su franqueza e intrepidez desataban el odio de gran número de personas.

Lanzar con decisión laicos al apostolado es su divisa. Los anima a esa entrega martirial crucificando el egoísmo en aras del bien de los demás. «No rehusar sufrimiento alguno por la salvación de las almas no es menos meritorio que el martirio. Nada satisface tanto al corazón de Dios... En cambio, nada más frío y glacial que el cristiano que no se ocupe de la salvación del prójimo»⁸. En una de sus encendidas homilías llega a afirmar: «La caridad para con el prójimo es algo más sublime que el mismo martirio»⁹.

El santo está convencido de que no se salvará quien no se entregue a los demás. Es la certeza que trata de inculcar en todos. «No acierto a persuadirme que pueda salvarse el que de ninguna manera se ha preocupado de la salvación del prójimo»¹⁰. Quiere que seamos consecuentes y vivamos las palabras de san Justino: «Como yo he alcanzado de Dios la gracia y el amor de Jesucristo, me esfuerzo en hacer partícipes a todos mis hermanos de este favor divino». Sabía, como san Jerónimo, que «no hay conquista más grande ni más preciosa que la salvación de un alma»¹¹.

Paul Claudel, recién convertido, escribía: «No hace falta mucha lectura ni reflexión para persuadirse de que la actitud activa en la vida, la creencia en la acción, pertenece a la esencia misma del catolicismo... El espíritu de la Iglesia no es de

⁸ Ib., 60, 162.

⁹ *Homilía 32 in I Cor*; PG 61, 263.

¹⁰ *De sacerdotio* 1.6 (BAC, Madrid 1958).

¹¹ PL 26, 570.

defensiva, es espíritu de conquista. Nada que sea humano le es extraño». Es una Iglesia que repite con Terencio, haciéndolo imperativo categórico para todo bautizado: *Soy hombre: nada de lo humano me es ajeno*¹².

Nuestra tarea preferida debería ser pasar por el mundo sembrando inquietudes espirituales, irradiando amor en la calle, en la profesión, en el sufrimiento y en la alegría. El Bautismo y la fe nos hacen miembros de una familia, la Iglesia, una familia misionera que continúa y prolonga la familia apostólica instituida por Cristo para inundar el mundo de amor. Integrados en esa familia, no podemos ya desligarnos de sus intereses. No podemos desentendernos del designio divino de salvación de todos los hombres. Pertenecer a esa familia es un regalo gratuito de Dios, pero también una responsabilidad que me obliga, como «simple fiel, a no dejar a los sacerdotes toda la solicitud de la Iglesia»¹³.

Desconcertante y trágico

La «defección de los cristianos», su desinterés por el apostolado, su indiferencia ante una Iglesia incapaz de vivificar los estratos sociales más alejados si los laicos no responden a la llamada del Evangelio, es una realidad tan desconcertante como trágica. Su apatía y pasividad ante un mundo que «camina sin saberlo por derroteros que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos»¹⁴, es imperdonable.

Realidad desconcertante en sí misma, pues el bautizado sólo vive su identidad evangélica entregándose a los demás, abriéndose al mundo que le rodea, identificándose con Cristo que dio

¹² *Heautontimorúmenos* 77.

¹³ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. 18 in 2 Cor*; PG 61.

¹⁴ PÍO XII, *Exhortación por un mundo mejor* (10-2-1952) 1.

su vida por nosotros para que ofrezcamos la nuestra por los demás (1 Jn 3,16).

Trágica, además, en sus consecuencias temporales y eternas. Temporales, pues la «deserción» de los bautizados lleva al mundo la asfixia por falta de amor. Una sociedad devorada por el cáncer del egoísmo quiere salvarse por el amor. Sin saberlo quizá, quiere descubrir a Cristo. Se siente defraudada si no logra verlo en la vida de cristianos que, olvidándose de sí, se entregan a los demás.

Pasividad trágica, sobre todo, por sus consecuencias eternas. Enjambres de almas quizá se condenen por no haber encontrado en la vida bautizados consecuentes que practiquen el Evangelio. Cristianos que sigan las huellas de san Juan Bosco. En Murialdo, a los nueve años, le dice al párroco que quiere ser sacerdote para hacer buenos a tantos niños que sólo son malos por no encontrar quien les enseñe a ser buenos. No abundan cristianos que, como los pastorcitos de Fátima, sigan la invitación de la Virgen, decidan con su vida la salvación de muchos.

Hacia Ejercicios, al acabar Derecho, un joven de veintidós años. Meses después me escribía: «Cuando veo el mundo desquiciado, la vida materializada, la juventud sin fe, los pueblos sin Dios, pienso que sería un pecado gordo que yo me desentendiese de estos problemas refugiándome en ‘mi Notaría’, que hiciese de la fe heredada de mis padres ‘huerto cerrado’: mi mujer, mis hijos, los míos». Decidió vivir su bautismo como laico sin salir del mundo. Había comprendido que ser cristiano es vivir en Cristo llevándolo a los demás.

La realidad lamentable de tantísimos bautizados que no viven el Evangelio anunciándolo a todos, lejos de angustiarnos, nos debe abrir a la esperanza. La movilización de los laicos, tan urgente por los papas antes y después del Vaticano II, comienza por mí. Si yo le «acojo», muchos, siguiendo mi ejemplo, despertarán.

Urgencia inaplazable

La Iglesia, como siempre en la historia, quiere cristianar la nueva cultura que amanece en el mundo moderno. Quiere inyectar savia divina a la civilización que despunta. Con urgencia inaplazable pretende resolver el arduo problema de la salvación de las almas que plantea la sociedad actual. Arduo problema con doble vertiente. *Primera*: reconquistar una masa de bautizados que no viven la fe, que se escapan día a día —más en los años de la juventud— y se hunden en la indiferencia o rindiendo culto a la materia. *Segunda*: atraer esas cinco sextas partes de la humanidad, esos hermanos separados de la comunidad de amor que es Cristo-Iglesia.

La magnitud casi cósmica de este problema impresionante va haciendo caer en la cuenta a muchos de que el único camino para frenar la paganización creciente de la sociedad es la movilización en amplitud y profundidad de los seglares bautizados. Hay que imprimir en ellos tensión misionera. Es necesario hacerles vivir la fe bautismal. Deben caer en la cuenta de que «cuando un católico toma conciencia de su fe, se hace misionero»¹⁵. Tienen que sentirse Iglesia, Cristo prolongado y extendido en cada uno, para continuar la Redención transmitiendo a todos sus hermanos la vida divina, Jesucristo.

Potencial inexplorado

Póngase en marcha a los laicos, y se desencadenará un potencial de fuerzas que transformará el mundo. Son las eternas fuerzas que Cristo trae a la tierra. Están remansadas, pero

¹⁵ JUAN PABLO II, en Javier (6-11-1982) 7.

dispuestas a inundar en cuanto se levante la compuerta. Enormes energías bloqueadas que hay que descongelar. Aquí está la colosal e inaplazable tarea de sacerdotes, religiosos y seglares que, dándose cuenta del ateísmo que envuelve al mundo, quieren secundar las consignas pontificias y hacer eficaz un Concilio ecuménico, desencadenando un potencial inexplorado.

Un potencial insospechado, pero, por desgracia, casi totalmente inédito. Sin el lanzamiento del laicado, la Iglesia se encuentra bloqueada de pies y manos ante el mundo moderno. Confinada en el templo o en la sacristía, recluida en claustros o monasterios, es incapaz de cumplir su obra salvadora si los bautizados olvidan «la gran vocación cristiana que han recibido, y caen en el sopor o retornan a sus hábitos temporales, y se enfangan en los intereses inmediatos de la vida material»¹⁶.

Movilización universal en anchura y profundidad de todos los laicos bautizados. Mar sin riberas, horizontes dilatados, casi infinitos. Nadie puede permanecer al margen, y menos la juventud que irrumpe en la vida con ansias renovadoras. Padres, maestros, educadores, profesionales, sacerdotes, son los principales y más inmediatos responsables. No pueden limitarse ellos a ponerse en marcha. Deber primordial suyo es impulsar en los jóvenes, ya desde la niñez, a esta movilización misionera del laicado a escala mundial.

En España, cada bautizado practicante —supongamos que el total de practicantes es el 30 por 100— tendría que actuar sobre el 70 por 100 restante. Le corresponderían dos personas. La inabordable —a primera vista— desproporción se reduciría así a sus términos exactos. *Divide, et vinces!* La gigantesca montaña que levanta nuestra desgana quedaría automáticamente

¹⁶ PABLO VI, en Frascati (1-9-1963) 2.

terraplenada. No hay murallas chinas para Dios. Claro que estamos hablando de cifras, y la redención del mundo no puede encerrarse en guarismos. Seguirá siendo siempre un misterio de sufrimientos y fracasos aparentes.

En estos últimos años hemos podido contemplar en nuestras calles una auténtica invasión de sectas. Ello se debe entre otras cosas al ministerio de los laicos dentro de su grupo. Pero no es ésta la única causa, pues «uno de los factores que favorecen la difusión y penetración de las sectas es el abandono pastoral: tal vez entre el 70 y el 80 por 100 del continente, tanto en el interior como en los barrios de las grandes ciudades, vive en esta situación de abandono.

«En esa situación llega entonces el ofrecimiento de los movimientos religiosos libres, que siempre tienen algo que ofrecer. Poco importa que sea de una secta o de otra: lo que les interesa es que sea alguien que hable con ellos, les entienda, les invite, les conforte, se muestre como hermano suyo, dé normas concretas de vida, les oriente, los reúna, los reciba en su comunidad, donde pueda tomar parte activa, cantando, rezando y recibiendo al menos algo de la palabra de Dios»¹⁷.

Esto sucede no sólo en Hispanoamérica. También y de igual forma en los barrios de Madrid. Conozco una señora que me contó que en cierta ocasión la visitaron los testigos de Jehová y le ofrecieron una Biblia. Como les contestase que no sabía leer, se pusieron a su disposición para enseñarla, y estuvo yendo uno de sus miembros a su casa durante largo tiempo para que aprendiese. ¿Es que no hay católicos laicos que podrían haberse ofrecido para esta u otras labores parecidas poniéndose en marcha por la fuerza de su Bautismo?

¹⁷ B. KLOPPENBURG, *La invasión de las sectas* («Palabra», octubre 1984) pp. 34 y 35.

Doble enemigo

La movilización de los laicos se enfrenta siempre, tanto en sacerdotes como en seglares, con un doble y permanente enemigo. No es imposible derrotarle, pero exige un esfuerzo diligente y tenaz.

El primer enemigo ofusca nuestra inteligencia. La entenebrece envolviéndola en espesa niebla de ideas confusas. El segundo atenaza nuestra voluntad agarrotándola para que no actúe. Es miedo a sacrificar nuestro egoísmo, siempre ávido de comodidades, de no complicarse la vida, del deseo de agradar a todos. Está empeñado en alcanzar éxitos tangibles, inmediatos, y es reacio a aceptar fracasos, a no cansarse nunca de estar empezando siempre.

Doble enemigo que actúa unas veces en nuestra cabeza y otras en nuestra voluntad. En la mayoría de los casos, sin que nos demos cuenta quizá, acciona en ambas. Nuestras facultades no son piezas de un motor. Una ósmosis misteriosa pero infalible las une. Se influyen recíprocamente. El hombre debería adaptar sus actos a sus ideas, pero casi siempre acomoda sus ideas a lo que hace. Su conducta modela sus ideas. En buena lógica debería suceder lo contrario, pero las pasiones que tenemos dentro pueden más. Manda la psicología y no la lógica.

Nube de confusiones

Una aclaración previa desbrozará el camino. Hay muchos bautizados para los cuales la Iglesia no es más que una nave confortable para llegar cómodos al cielo. Les cuesta convencerse de que ellos mismos deben remar para que la nave avance, que el alma propia se salva ayudando a los demás a salvarse.

La salvación del alma es un tesoro que se asegura no acaparándolo egoístamente, sino derrochándolo en favor de todos los hombres.

Ideas claras y, por tanto, principios firmes para actuar brillan por su ausencia en la casi totalidad de los seculares y en gran parte de los eclesiásticos. La inmensa mayoría de los laicos piensa que a los sacerdotes o religiosos incumbe exclusivamente el deber de evangelizar. Monopolizan a favor de ellos un negocio que afecta a todos los que por el Bautismo son Iglesia.

Están convencidos de que ése es su deber de estado. Se limitan, cuando lo hacen, a ayudarles con sus recursos, a animarles con su palabra, pero se desentienden del deber profesional más entrañable que incumbe a todo bautizado. No han oído a san Pablo: «¡Ay de mí si no evangelizo!» (1 Cor 9,16), y a Juan Pablo II, que nos lo recordó en Granada¹⁸.

Una evasión muy cómoda, pero incompatible con el Evangelio, que quiere que todos los bautizados —no sólo unos pocos privilegiados— sean sal de la tierra (Mt 5,13) triunfando de su egoísmo y dándose a los demás. Una postura muy en consonancia con nuestro absentismo «pasota», pero que olvida que «nada nos hace mejores imitadores de Cristo que preocuparnos de los demás»¹⁹.

En Suiza, un laico católico consecuente me definía España como «una inmensa masa de bautizados descreídos». Días después leía estas palabras en una revista de Zurich. La frase, apriorista como todas las de su estilo, no responde exactamente a la realidad. Es simplista, pero tiene un gran fondo de verdad si se piensa en el exiguo número de seculares convencidos de que son Iglesia, que prolongan a Cristo llevándolo a los demás.

¹⁸ *A los educadores cristianos* (5-11-1982) 3.

¹⁹ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. 25 in 1 Cor 3*: PG 61.

Una mentalidad pueblerina nos despista a todos. En cuanto vemos a un joven que vive su Bautismo dándose a los demás, decimos: «Claro, va a ser cura». Al verle frecuentar los Sacramentos, en seguida pensamos: «Es natural, ¡va a consagrarse a Dios!». Nos sucede con frecuencia lo que le pasó a un notario amigo mío. Recién ganada la oposición, en plena juventud, toma posesión. Los que vivían en el pueblo se sorprendían de que todos los días comulgase y, extrañados, se decían: «¿Nos habrá tocado un notario fraile?». A los seis meses se ausenta unos días y, al volver recién casado, ¡sorpresa colectiva! Todos se quedan atónitos, y más al ver que él y su mujer diariamente iban a la iglesia y se daban a los demás acercándolos a los Sacramentos.

En el siglo XVII, Francisco de Sales, con su *Introducción a la vida devota*, enseñó que la vida interior no es monopolio de almas conventuales, sino también propia de personas casadas. ¡Qué sorpresa para muchos, y qué elemental verdad! El apostolado no está reservado a una selección, sino que es obligación que todos los bautizados deben asumir.

Realidad lamentable

Un panadero de Lieja vivía muy despierto a esta realidad. Haciendo y despachando pan para sus clientes, entablaba conversaciones, anudaba amistades que desembocaban en la confesión. Acercó al confesonario a unos 80 adultos a lo largo de algunos años de trabajo silencioso y oculto. Estaba persuadido de que él era Iglesia y que «el verdadero cristiano es constitucionalmente un Evangelio vivo..., el convencido y tenaz defensor de la contemporaneidad de Cristo y de la incesante novedad del Evangelio, siempre dispuesto...

a dar razón de la esperanza que alimenta en su corazón (1 Pe 3,15)²⁰.

Bruselas es el escenario de un Congreso Eucarístico Internacional al finalizar el primer tercio de este siglo. Un joven despachaba en un bar. Estaba también convencido de que era Iglesia. Sale a la calle y tropieza con un sacerdote. Le dice: «Quiero comulgar esta noche en la Misa de los hombres, pero tengo que confesar, y no puedo desatender mi trabajo. ¿Quiere pasar al bar?». Entran, se arrodilla y confiesa. Al ver la escena, el dueño del bar hace lo mismo. Y luego otro y otro. El sacerdote permaneció allí varias horas.

El notario, el panadero y el joven del bar sabían honrar su profesión de cristianos. Sabían que todo bautizado es un profesional que imita a Cristo misionero.

Error difundido

Muchos laicos, especialmente jóvenes, piensan —influidos por la falsa idea de que evangelizar es oficio exclusivo de clérigos o religiosos— que el único medio para difundir el mensaje de Cristo es abandonar su condición seglar y hacerse sacerdote o consagrarse a Dios.

Nada más equivocado. Para ser misionero no hace falta cruzar fronteras, atravesar mares o permanecer célibes. No se requiere hacerse sacerdote o religioso. En cualquier estado de vida, en cualquier profesión que desempeñes, sano o enfermo, seas culto o ignorante, anciano o niño, debes ser apóstol. Basta que vivas tu Bautismo, reforzado en la Confirmación, reparado en el sacramento de la Reconciliación y vigorizado en la Eucaristía.

²⁰ JUAN PABLO II (25-4-1984) 2.

La mentalidad corriente es ésa. Una que estudiaba Medicina me lo decía sin sombra de duda. Cuando le hablé del Bautismo diciéndole que viviendo su fe en la calle y en la profesión ya era misionera, sus ojos parecían salirse de órbita.

Abundan los que piensan así. Un muchacho de diez años se apunta a un grupo de «Misioneros» animado por un laico. Tenía ya carné con su foto. Un día viene y le dice:

—Vengo a devolverte el carné.

—Pero ¿por qué?

—Es que no puedo asistir a las reuniones del Grupo de Misioneros.

—Pero, hombre, no te preocupes, eso no es lo principal... ¿No habrá otra razón?

—Es que yo quiero cuando sea mayor ser militar, como mi padre.

—¿No has caído en la cuenta de que en el Ejército también hacen falta misioneros? Cristo es el Redentor, y muchos en el Ejército no lo saben...

—Yo creía que no podía ser misionero y militar.

Naturalmente, ya no devolvió el carné.

Una mentalidad errónea muy generalizada hace axiomática, aunque sea falsa, la igualdad misionero = sacerdote. Si misionero = sacerdote o religioso, se piensa, no podré llegar a ser apóstol con plenitud si permanezco laico. Seré un misionero de vía estrecha, de cuarta división, y Dios me hace aspirar a más.

Nada de eso. La verdadera igualdad es esta otra: misionero = bautizado, sea seglar, sacerdote o religioso. Tienes que saber florecer allí donde Dios te planta, donde Él te quiere. Viviendo Su voluntad en el estado de vida que Él te marque, serás misionero con la plenitud que desees con tal de que vivas tu Bautismo. No olvides, además, que sin salir del mundo, sin hacerte sacerdote o religioso, puedes vivir el Evangelio con

idéntica plenitud que un cartujo o una carmelita, si te incorporas a una de esas familias aprobadas por la Iglesia al erigir los Institutos Seculares.

Niebla en la cumbre

La niebla, al difundirse, cubre valles y montañas, desfiladeros y picachos. Lo mismo ocurre con la mentalidad confusa que lamentamos. Se ha apoderado también en gran parte de las cumbres de la Iglesia. No nos extrañe. Cumbres en la Iglesia son en dignidad y jerarquía los obispos y sacerdotes. Realizan en la tierra funciones divinas, pero no dejan de ser hombres; la niebla también puede alcanzarles. No debe escandalizarnos ni disminuir nuestra veneración y respeto, pero son tan débiles como cualquiera. Forman como nosotros parte de una Iglesia santa, pero llena de limitaciones y flaquezas.

Muchos ejemplos podríamos traer, pero cualquier seglar que tomando en serio su Bautismo ha militado en el apostolado, los conoce de sobra. Citaremos sólo dos:

«Unos días antes de finalizar 1982 —me escribía un universitario— fui a visitar a un sacerdote. Congeniaba con nuestra forma de actuar y nos daba muchos ánimos para seguir adelante. Me presenté desde el principio como laico consagrado a Dios sin salir del mundo. Le fui comentando, a preguntas suyas, cómo vivíamos pobreza, castidad y obediencia en el Instituto Secular a que pertenezco. Fuimos comentando la importancia que tenía la vocación de los laicos en el mundo, la esperanza e ilusión que los últimos papas tienen sobre ella. Al final me preguntó:

—¿Nunca has pensado ser sacerdote?

La pregunta me pilló de sorpresa, pero rápidamente reaccioné:

Tomás Morales S.J. nació en Macuto (Venezuela), el 30 de octubre de 1908. Recibió una austera educación en el seno de su familia. Estudió siete años en el Colegio de los Jesuitas de Chamartín (Madrid) y luego Derecho en la Universidad Central de Madrid, donde obtuvo el Premio extraordinario en 1930. Doctor en Derecho por Bolonia (1932), ingresa ese año en la Compañía de Jesús en Chevetogne (Bélgica) y es ordenado sacerdote el 13 de mayo de 1942.

En 1946 comienza en Madrid una intensa labor con trabajadores de empresa. Con ellos funda el Hogar del Empleado, Movimiento apostólico que generó múltiples obras sociales. Su vocación fue la de trabajar para promover una responsable inserción de los laicos en la misión evangelizadora de la Iglesia. El fruto más importante de este trabajo fue la fundación de dos institutos seculares, Cruzados de Santa María y Cruzadas de Santa María, del movimiento apostólico juvenil Milicia de Santa María y del movimiento familiar Hogares de Santa María.

Su experiencia y proyectos educativos aparecen claros en sus escritos: *Forja de hombres* (Madrid 1987); *Laicos en marcha* (Madrid 1984); *Hora de los laicos* (Madrid 1985), donde expone sus reflexiones sobre la grandeza de la vocación cristiana laical consagrada en el Bautismo. Además de los escritos espirituales dirigidos a los miembros de los institutos seculares fundados por él, escribió *Semblanzas de testigos de Cristo para los nuevos tiempos* (Madrid, 1993). Murió el 1 de octubre de 1994. El 8 de noviembre de 2017 el papa Francisco autorizó a promulgar el decreto relativo a las virtudes heroicas del P. Morales, declarándolo venerable.

ISBN: 978-84-7490-696-7

